

—No —dijo Jackson con una sonrisa de desprecio—; lo siento. No quiero ser el molesto que arruina la velada, pero no voy a jugar a las escondidas.

Era Nochebuena, y éramos un grupo de catorce con la levadura adecuada de la juventud. Habíamos cenado bien; y era la temporada de los juegos infantiles. Todos estábamos de humor para jugar, es decir, todos, excepto Jackson.

Cuando alguien sugirió las escondidas, hubo una aprobación entusiasta y casi unánime. La suya era la única voz disidente. No era propio de Jackson estropear el día o negarse a hacer lo que otros quisieran. Alguien le preguntó si se sentía mal.

—No —respondió—, me siento perfectamente en forma, gracias. Pero —agregó con una sonrisa que se suavizó sin retractarse de la rotunda negativa—, no voy a jugar a las escondidas.

—¿Por qué no ? —preguntó alguien.

Dudó por un momento antes de responder.

—Estuve en una casa donde murió una chica. Ella estaba jugando a las escondidas en la oscuridad, y no conocía muy bien la casa. Había una puerta que conducía a la escalera de servicio, pero ella pensaba que conducía a un dormitorio. Abrió la puerta y cayó; aterrizó al pie de las escaleras. Se rompió el cuello, por supuesto.

Todos lucimos muy serios.

La señora Fernley dijo:

—¡Qué terrible! ¿Y estabas allí cuando sucedió?

Jackson negó con la cabeza con tristeza.

—No —dijo—, pero yo estaba allí cuando sucedió algo más. Algo peor.

—¿Qué podría ser peor que eso?

Por un momento, Jackson vaciló, luego dijo:

—Me pregunto si alguno de ustedes ha jugado alguna vez un juego llamado Smees. Es

mucho mejor que las escondidas. El nombre viene soy yo (nota: del inglés It's me), por supuesto. Quizás les gustaría jugarlo. Déjenme contarles las reglas.

»Cada jugador recibe una hoja de papel. Todas las hojas, excepto una, están en blanco. Hay una donde está escrito Smee. Nadie sabe quién es Smee salvo el propio Smee. Apagas las luces y Smee sale silenciosamente de la habitación y se esconde. Después de un tiempo, los demás tratan de buscarlo, pero, por supuesto, no saben a quién buscan en la oscuridad. Cuando un jugador se encuentra con otro, lo desafía diciendo: Smee. El otro jugador responde Smee y continúan buscando.

»Pero el verdadero Smee no responde cuando alguien lo desafía. El segundo jugador permanece en silencio a su lado. De hecho, serán descubiertos por un tercer jugador. Este también lo desafiará, no recibirá respuesta, y se unirá a los dos primeros. Esto continúa hasta que todos los jugadores están en el mismo lugar. El último en encontrar a Smee tiene que pagar una prenda. Es un buen juego, ruidoso y divertido. En una casa grande, se tarda mucho en encontrar a Smee. Quizás les gustaría intentarlo.

—Suenas como un buen juego —comenté—. ¿Lo has jugado tú también, Jackson?

—Sí —respondió—. Lo jugué en la casa de la que te estaba hablando.

—¿Y ella estaba ahí? La chica que se rompió el cuello.

—No, no —dijo alguien más—. Jackson dijo que no estaba allí cuando ella se rompió el cuello.

Jackson pensó por un momento.

—En realidad, no sé si ella estaba ahí o no. Me temo que lo estaba. Sé que éramos trece jugando y solo había doce personas en la casa. Yo no sabía el nombre de la chica muerta. Cuando escuché ese nombre susurrado en la oscuridad, no me preocupé. Pero les digo que nunca volveré a jugar ese tipo de juegos. Me puso bastante nervioso durante mucho tiempo.

Todos lo miramos. Sus palabras no tenían ningún sentido.

Tim Vouce, que era el tipo más amable del mundo, nos sonrió a todos.

—Esto suena como una historia interesante —dijo—. Vamos, Jackson, puedes contarnos toda la historia.

—Muy bien —dijo Jackson.

Y esta es su historia.

II

¿Conocen a los Sangston? Son primos míos y viven en Surrey. Hace cinco años me invitaron a ir a pasar la Navidad con ellos. Era una casa vieja, con muchos pasillos y escaleras. Un extraño podría perderse en él con bastante facilidad.

Bueno, fui por esa Navidad. Violet Sangston me prometió que conocía a la mayoría de los demás invitados. Desafortunadamente, no pude llegar hasta Nochebuena. Todos los demás invitados habían llegado el día anterior. Fui el último en llegar, y justo a tiempo para la cena. Dije hola a todos los que conocía, y Violet Sangston me presentó a las personas que no conocía. Luego llegó el momento de cenar.

Quizás es por eso que no escuché el nombre de una chica alta y guapa de cabello oscuro a quien no había conocido antes. Todo el mundo tenía bastante prisa y siempre se me da mal captar los nombres. Ella parecía fría e inteligente. No se veía del todo amigable, pero se veía interesante. No pregunté quién era, porque estaba seguro de que alguien le hablaría por su nombre durante la cena. Sin embargo, desafortunadamente, estaba muy lejos de ella en la mesa. Estaba sentado junto a la señora Gorman y, como de costumbre, la señora Gorman se mostraba muy alegre y divertida. Siempre vale la pena escuchar su conversación, y me olvidé por completo de preguntar el nombre de la chica de cabello oscuro.

Éramos doce, incluidos los propios Sangston. Todos éramos jóvenes, o intentábamos serlo. Jack y Violet Sangston eran los mayores y su hijo Reggie, de diecisiete años, era el menor. Fue Reggie quien sugirió a Smee cuando la conversación se centró en los juegos. Nos dijo las reglas del juego, tal como yo se las describí. Jack Sangston nos advirtió a todos.

—Si van a jugar en la oscuridad —dijo—, tengan cuidado con las escaleras traseras del primer piso. Una puerta conduce a ellos, y a menudo he pensado en quitar la puerta. En la oscuridad, un extraño en la casa podría pensar que estaban entrando en una habitación. Una chica realmente se rompió el cuello en esas escaleras.

Pregunté cómo sucedió.

—Fue hace unos diez años, antes de que llegáramos aquí. Había una fiesta y estaban jugando a las escondidas. Esta chica estaba buscando un lugar donde esconderse. Oyó que venía alguien y corrió por el pasillo para escapar. Abrió la puerta, pensando que conducía a un dormitorio. Planeaba esconderse allí hasta que el buscador se hubiera ido. Desafortunadamente, era la puerta que conducía a las escaleras traseras. Cayó directamente al pie de las escaleras. Estaba muerta cuando la recogieron.

Todos prometimos tener cuidado. La señora Gorman incluso hizo una pequeña broma sobre vivir hasta los noventa. Verás, ninguno de nosotros había conocido a la pobre niña, y no queríamos sentirnos tristes en Nochebuena.

Bueno, todos comenzamos el juego inmediatamente después de la cena. El joven Reggie Sangston dio vueltas asegurándose de que todas las luces estuvieran apagadas, excepto las de las habitaciones de servicio y la sala de estar donde estábamos. Luego preparamos doce hojas de papel. Once estaban en blanco, y una tenía escrito Smee. Reggie las mezcló todas, luego cada uno tomó una. La persona que recibió el papel con Smee tuvo que esconderse. Miré mi papel y vi que estaba en blanco. Un momento después, todas las luces se apagaron. En la oscuridad escuché a alguien moverse muy silenciosamente hacia la puerta.

Después de un minuto alguien hizo sonar un silbato y todos corrimos hacia la puerta. No tenía idea de quién era Smee. Durante cinco o diez minutos estuvimos todos corriendo arriba y abajo de los pasillos, entrando y saliendo de las habitaciones, desafiándonos y respondiendo:

—¿Smee? ¡Smee!

Después de un rato, el ruido se calmó y supuse que alguien había encontrado a Smee.

Entonces encontré a un grupo de personas sentadas en unas escaleras estrechas. Las desafié y no recibí respuesta. Entonces Smee estaba allí. Rápidamente me uní al grupo. En ese momento llegaron dos jugadores más. Cada uno se apresuraba para evitar ser el último. Jack Sangston fue el último y se le dio una multa.

—Creo que ahora estamos todos aquí, ¿no? —comentó.

Encendió una cerilla, miró hacia la escalera y empezó a contar.

—... nueve, diez, once, doce, trece —dijo, y luego se rio—. Eso es tonto; ¡hay uno de más!

La cerilla se apagó, encendió otra y empezó a contar. Llegó hasta las doce personas, y luego pareció perplejo.

—¡Aquí hay trece personas! —dijo—. No me he contado todavía.

—¡Oh, tonterías! —me reí—. Probablemente empezaste contigo mismo y ahora quieres contarte dos veces.

Su hijo sacó su linterna eléctrica. Dio mejor luz que los fósforos y todos comenzamos a contar. Por supuesto que éramos doce.

Jack se rio.

—Bueno —dijo—, estaba seguro de haber contado trece dos veces.

Desde la mitad de las escaleras, Violet Sangston habló con nerviosismo.

—Pensé que había alguien sentado dos escalones por encima de mí. ¿Era usted, capitán Ransome?

El capitán dijo que no.

—Pero pensé que había alguien sentado entre la señora Sangston y yo.

Sólo por un momento hubo algo incómodo en el aire. Un dedo frío pareció tocarnos a todos. En ese momento sentimos que acababa de ocurrir algo extraño y desagradable; y era probable que volviera a suceder. Luego nos reímos de nosotros mismos, y nos sentimos normales de nuevo. Solo éramos doce, y eso era todo. Todavía riendo, regresamos a la sala de estar para comenzar de nuevo.

III

Esta vez yo fui Smee.

Violet Sangston me encontró mientras buscaba un escondite. Esa vuelta no duró mucho. Pronto había doce personas y el juego terminó.

Violet sintió frío y quería su chaqueta. Su marido subió a su dormitorio a buscarlo. Tan pronto como se fue, Reggie me tocó el brazo. Estaba pálido y enfermo.

—¡Rápido! —susurró—. Tengo que hablar contigo. Ha ocurrido algo horrible.

Entramos en la cocina.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No lo sé. Fuiste Smee la última vez, ¿no? Bueno, por supuesto que no sabía quién era Smee. Mientras mamá y los demás corrían hacia el lado oeste de la casa y te encontraban, yo fui al este. Hay un armario de ropa en mi habitación. Parecía un buen escondite. Pensé que quizás Smee podría estar allí. Abrí la puerta en la oscuridad; y toqué la mano de alguien. ¿Smee?, susurré. No hubo respuesta. Pensé que lo había encontrado.

»No lo entiendo, pero de repente tuve una extraña sensación de frío. No puedo

describirlo, pero sentí que algo andaba mal. Entonces encendí mi linterna eléctrica y no había nadie allí. Ahora, estoy seguro de que toqué una mano. Y nadie podía salir del armario, porque yo estaba parado en la puerta. ¿Qué piensas?

—Te imaginaste que tocabas una mano —dije.

Él soltó una breve carcajada.

—Sabía que dirías eso —dijo—. Por supuesto que lo imaginé. Esa es la única explicación, ¿no?

Estuve de acuerdo con él. Pude ver que todavía se sentía conmovido.

Regresamos juntos a la sala de estar para otro juego de Smee. Los demás estaban listos y esperando comenzar de nuevo.

IV

Quizás fue mi imaginación (aunque estoy casi seguro de que no lo fue), pero tenía la sensación de que ya nadie disfrutaba realmente del juego. Sin embargo, todo el mundo era demasiado educado para mencionarlo. De todos modos, tuve la sensación de que algo andaba mal. Toda la diversión había desaparecido del juego.

Algo muy dentro de mí estaba tratando de advertirme. Cuídate, decía, cuídate. Había alguna influencia antinatural y malsana en la casa. ¿Por qué tuve este sentimiento? ¿Porque Jack Sangston había contado trece personas en lugar de doce? ¿Porque su hijo imaginó que había tocado la mano de alguien en un armario vacío?

Traté de reírme de mí mismo, pero no lo logré.

Bueno, empezamos de nuevo. Mientras perseguíamos al desconocido Smee, todos estábamos tan ruidosos como siempre. Pero me parecía que la mayoría estaba actuando. Ya no disfrutábamos el juego.

Al principio me quedé con los demás. Pero durante varios minutos no se encontró a Smee. Entonces dejé el grupo principal y comencé a buscar en el primer piso en el lado oeste de la casa. Y allí, mientras avanzaba a tientas, choqué con un par de rodillas humanas.

Extendí la mano y toqué una cortina suave y pesada. Entonces supe dónde estaba. Había ventanas altas y profundas al final del pasillo. Las cortinas llegaban hasta el suelo. Alguien estaba sentado en una esquina de uno de los asientos de la ventana, detrás de una cortina.

—¡Ajá! —pensé—. ¡Encontré a Smee!

Así que corrí la cortina hacia un lado y toqué el brazo de una mujer.

Afuera era una noche oscura y sin luna. No pude ver a la mujer sentada en la esquina del asiento de la ventana.

—¿Smee? —susurré.

No hubo respuesta. Cuando se desafía a Smee, él o ella no responde. Así que me senté a su lado para esperar a los demás. Entonces susurré:

—¿Cuál es tu nombre?

Y de la oscuridad a mi lado llegó un susurro:

—Brenda Ford.

V

No conocía el nombre, pero adiviné de inmediato quién era. Conocía a todas las chicas de la casa por su nombre excepto a una. Y esa era la chica alta, pálida y morena. Así que aquí estaba ella, sentada a mi lado entre una cortina pesada y una ventana. Estaba empezando a disfrutar del juego. Me pregunté si ella también lo estaba disfrutando. Le susurré una o dos preguntas bastante corrientes y no obtuve respuesta.

Smee es un juego de silencio. Es una regla del juego que Smee y la persona o personas que lo han encontrado deben guardar silencio. Esto, por supuesto, dificulta que los demás los encuentren. Pero no había nadie más. Me pregunté, por tanto, por qué insistía ella en mantener silencio.

Hablé de nuevo y no obtuve respuesta. Empecé a sentirme un poco molesto.

—Quizás sea una de esas chicas frías e inteligentes que tienen una mala opinión de todos los hombres —pensé—. No le agrado y está usando las reglas del juego como excusa para no hablar. Bueno, si a ella no le gusta sentarse aquí conmigo, ciertamente no quiero sentarme con ella.

Me aparté un poco.

—Espero que alguien nos encuentre pronto —pensé.

Mientras esperaba advertí que no me gustaba mucho sentarme al lado de esta chica. Eso fue extraño. La chica que había visto en la cena me había parecido agradable,

aunque de una manera distante. Quería saber más sobre ella, pero ahora me sentía realmente incómodo a su lado.

La sensación de que algo andaba mal, algo antinatural, estaba creciendo. Recordé haberle tocado el brazo y temblar de horror. Quería huir. Recé para que alguien más viniera pronto.

En ese momento oí pasos ligeros en el pasillo. Alguien al otro lado de la cortina rozó mis rodillas. La cortina se movió hacia un lado y la mano de una mujer tocó mi hombro.

—¿Smee? —susurró una voz que reconocí de inmediato.

Era la señora Gorman. Por supuesto que no recibió respuesta, así que se sentó a mi lado, y de inmediato me sentí mucho mejor.

—¿Eres Tony Jackson, no? —susurró.

—Sí —susurre de vuelta.

—No eres Smee, ¿verdad?

—No, ella está de mi otro lado.

Ella se acercó a mí. Oí que sus uñas raspaban el vestido de seda de una mujer.

—Hola, Smee. ¿Cómo estás? ¿Quién eres? Oh, ¿va contra las reglas hablar? No importa, Tony, romperemos las reglas. ¿Sabes, Tony? Este juego empieza a molestarme un poco. Me gustaría jugar algo más agradable y tranquilo junto a un fuego cálido.

—Yo también —estuve de acuerdo.

—¿No puedes sugerirles algo? Hay algo poco saludable en este juego en particular. Estoy segura de que estoy siendo muy tonta, pero no puedo deshacerme de la idea de que tenemos un jugador extra... alguien que no debería estar aquí en absoluto.

Así era exactamente como me sentía, pero no lo dije. Sin embargo, me sentí mucho mejor. La llegada de la señora Gorman había disipado mis temores.

—Me pregunto cuándo nos encontrarán los demás —dijo la señora Gorman.

Al cabo de un rato oímos el sonido de unos pasos y la voz del joven Reggie gritando:

—¡Hola, hola! ¿Hay alguien ahí?

—Sí —respondí.

—¿Está la señora Gorman con usted?

—Sí.

—¿Qué les ha pasado? Ambos han ido descalificados. Los hemos estado esperando durante horas.

—Pero todavía no han encontrado a Smee —me quejé.

—No lo has hecho tú, querrás decir. Esta vez yo fui Smee.

—¡Pero Smee está aquí con nosotros! —grité.

—Sí —estuvo de acuerdo la señora Gorman.

Se corrió la cortina y vimos el ojo de la linterna de Reggie. Miré a la señora Gorman y luego a mi otro lado. Entre la pared y yo había un lugar vacío en el asiento de la ventana. Me levanté de inmediato. Luego me senté de nuevo. Me sentía muy mal y el mundo parecía estar dando vueltas y vueltas.

—Había alguien allí —insistí—, porque la toqué.

—Yo también —dijo la señora Gorman con voz temblorosa—. Y no creo que nadie pueda dejar este asiento junto a la ventana sin que lo sepamos.

Reggie soltó una risa temblorosa. Recordé su desagradable experiencia esa misma noche.

—Alguien ha estado gastando bromas —dijo—. ¿Van a bajar?

VI

No éramos muy populares cuando bajamos a la sala de estar.

—Los encontré a los dos sentados detrás de una cortina, en un asiento junto a la ventana —dijo Reggie.

Me acerqué a la chica alta y morena.

—¡Así que fingiste ser Smee y luego te fuiste! —la acusé.

Ella sacudió la cabeza, confundida.

Después de un rato jugamos a las cartas en la sala de estar, y me alegré mucho.

Algún tiempo después, Jack Sangston quiso hablar conmigo. Pude ver que estaba bastante enojado, y pronto me dijo la razón.

—Tony —dijo—, supongo que estás enamorado de la señora Gorman. Eso es asunto tuyo, pero por favor no le hagas el amor en mi casa durante un juego. Hiciste esperar a todos. Fue muy grosero de tu parte y me avergüenzo de ti.

—¡Pero no estábamos solos! —protesté—. Había alguien más allí, alguien que se hacía pasar por Smee. Creo que fue esa chica alta y morena, la señorita Ford. Me susurró su nombre. Por supuesto, ella se negó a admitirlo después.

Jack Sangston me miró fijamente.

—¿Señorita quién? —suspiró.

—Brenda Ford.

Jack puso una mano en mi hombro.

—Mira, Tony —dijo—, no me importa que me jueguen una broma, pero ya es suficiente. No queremos preocupar a las damas. Brenda Ford es el nombre de la chica que se rompió el cuello en las escaleras. Ella estaba jugando a las escondidas aquí hace diez años.